2

LA CORTE DE CARLOS IV
Benito Pérez Galdós

Edición resumida y comentada de Rafael del Moral

Fuente:

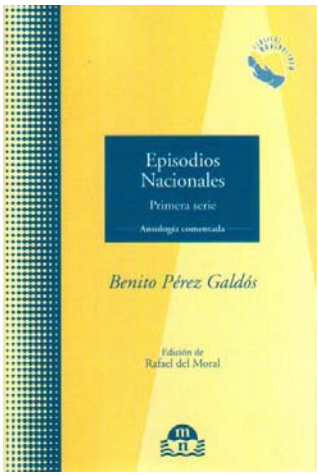
Episodios nacionales

Primera serie

Antología comentada

Edición de Rafael del Moral

Editorial Marenostrum



El ambiente de la corte sirve de escenario a la segunda novela. Las intrigas palaciegas, los círculos culturales, la vida amorosa y ambiciosa de algunos personajes que bien pudieron ser históricos, y la cotidianeidad ciudadana madrileña son los asuntos. El tema de fondo es el del honor, el de la dignidad.

2.1. La historia

En 1807 **Napoleón** consigue de **Carlos IV** la autorización para que su ejército atraviese la frontera. España es ocupada por los franceses. Ese mismo año tiene lugar *El motín de El Escorial*, una rebelión para derrocar al primer ministro, **Godoy**, y forzar la abdicación del rey. Para conseguir su objetivo hacen públicas la intimidad de las relaciones entre el favorito y la reina. Los partidarios de Godoy, y sobre todo de la reina, luchan por conservar el poder (y con él sus prebendas), y se defienden de los del príncipe heredero, el futuro **Fernando VII**. Ambos bandos se apoyan en **Napoleón**, que a su vez puede garantizar la consolidación del poder. El astuto emperador juega a su favor con unos y otros. Envía sus tropas a España y Portugal de

acuerdo con **Godoy**. Pocos hombres políticos se dan cuenta del peligro. Viven envueltos en sus propias intrigas personales, en sus individualismos, y ciegos hacia asuntos de tan alta envergadura y riesgo que están llamados a modificar el paisaje político y social de la nación.

El narrador se distancia de los hechos puramente históricos, aunque los respeta y los expone con la fidelidad de un historiador, para dibujarnos el pensamiento de una ciudad, sus resortes, sus ambiciones, sus gentes, sus logros y sus carencias. Y nos ofrece una variedad de personajes que van desde los más encumbrados, como el propio monarca, hasta la humilde hija de la modistilla o el amolador, en quien se concentra una gran parte del pensamiento popular.

La mirada la ofrece, una vez más, **Gabriel**, el narrador, intérprete y personaje de una variedad de aventuras bien ligadas a los acontecimientos históricos que contempla de cerca. Los ambientes son tan variados como elocuentes: casas humildes, acomodadas y palacios, amigos de la corte y del pueblo, protectores que le facilitan el acceso a los lugares de la acción, coincidencias, celos y recelos...

El gusto por la elegancia se inspira en lo francés y se muestra en las modas, en la cultura, y también en la admiración de Napoleón, que aún sigue siendo aliado de los españoles.

2.2. El narrador

Si en *Trafalgar* Gabriel era criado de un ilustre marino, don Alonso Gutiérrez de Cisniega, para observar de cerca la batalla, ahora, con unos dieciséis años, se ha trasladado a Madrid y entra al servicio de “una cómica del teatro Príncipe, llamada Pepita **González**, o la González”:

"Mi ama era una muchacha más graciosa que bella, si bien aquella primera calidad resplandecía en su persona de un modo tan sobresaliente, que la presentaba como perfecta sin serlo. Todo lo que en lo físico se llama hermosura y cuanto en lo moral lleva el nombre de expresión, encanto, coquetería, monería, etcétera, se reconcentraba en sus ojos negros, capaces por sí solos de decir con una mirada más que dijo Ovidio en su poema sobre el arte que nunca se aprende y que siempre se sabe." (Cap. I)

La González es admirada por dos damas influyentes de la corte, llamadas, para mantener el secreto, **Lesbia** y **Amaranta**. Apunta el texto que esta segunda pudo ser la mujer que Goya dejó reflejada en su famosas *maja vestida y maja desnuda*. Y si en *Trafalgar* aparecía la joven **Rosa** como objeto de los anhelos amorosos de Gabriel, quien ahora se cruza, y se mantendrá en ellos, es Inés, la hija de la costurera de la calle Cañizares encargada del vestuario de la González. Así, por el hilo de su función de criado de una actriz, amiga de mujeres casadas con hombres influyentes, llega Gabriel al ovillo de las intrigas palaciegas.

Como el acceso a la sociedad madrileña es el mundo del teatro, ahí está en el capítulo II la representación de *El sí de las niñas* de Moratín, y los asuntos de escenarios y rivalidades de actores, y del reconocimiento del público, y de las críticas... Y en los últimos nos lleva a una representación en círculo privado de *Otelo* de Shakespeare, en la que Gabriel representa un modesto papel. En el desarrollo de la misma la propia escena se ve invadida por los sentimientos amorosos de los personajes de la ficción novelesca, hábilmente encajados en el propio tema de la representación, el de los celos.

2.3. La corte: Lesbia y Amaranta

La corte se nos abre gracias a la amistad de la **González**, y después del propio **Gabriel**, con la condesa X, la llamada **Amaranta**. Allí llega el joven narrador fascinado por los atractivos de la dama. El acercamiento habrá de facilitarle la cercana observación de los hechos de *El motín o conspiración de de El Escorial*.

Lesbia y Amaranta se sienten atraídas por el ambiente cultural:

"Ambas tenían gusto muy refinado por las artes: protegían a los pintores y a los cómicos; ponían bajo su patrocinio las primeras representaciones de la obra de algún poeta desvalido; coleccionaban tapices, vasos y cajas de tabaco; introducían y propagaban las más vistosas modas de la despótica París; se hacían llevar en litera a la Florida; merendaban con Goya en el Canal, y recordaban con tristeza la trágica muerte de *Pepe–Hillo*, acontecida en 1803.

Nada tiene de extraño, pues, que su misma vida, la tumultuosa ansiedad de novedades y fuertes impresiones que las dominaba, fuesen parte a lanzarlas en un dédalo de aventuras tales como la que voy a contar. Las pobrecillas no sabían otra cosa, y puesto que habían perdido cuanto la rancia educación española pudo haberles dado, sin adquirir nada que llenase este vacío, no debemos culparlas acerbamente. Alguno quizás las culpe, y con razón, aunque por otras cosas; pero, ¡ay!, eran… lindísimas." (Cap. IV).

A estas distinguidas damas les incomodan, no obstante, la reuniones palaciegas:

"Ha de saberse que en las reuniones clásicas de familia o de palacio, allí donde reinaba con despótico imperio la ley castiza, no ocurría cosa alguna que no fuese encaminada a producir entre los asis-

tentes un decoroso aburrimiento. No se hablaba, ni mucho menos se reía. Las damas ocupaban el estrado, los caballeros el resto de la sala, y las conversaciones eran tan sosas como los refrescos. Si alguien tocaba el clave o la guitarra, la tertulia se animaba un poco; pero pronto volvía a reinar el más soporífero decoro. Se bailaba un minueto; entonces los amantes podían saborear las platónicas e ideales delicias que resultaban de tocarse las yemas de los dedos, y después de muchas cortesías al son de la música, volvía a reinar el decoro, que era una deidad parecida al silencio.

Nada tiene de particular que algunas damas de imaginación buscaran en reuniones menos austeras pasatiempos más acordes con su naturaleza, y aquí traigo a la memoria *El sí de las niñas*, que, censurando la hipocresía en la educación, es una general censura de la hipocresía en todas las fases de nuestras antiguas costumbres. Todo anunciaba en aquellos días una fuerte tendencia a adoptar usos un poco más libres, relaciones más francas entre ambos sexos, sin dejar de ser honradas; vida, en fin, que se fundara entes en la confianza del bien que en el recelo del mal, y que no pusiera por fundamentos de la sociedad la suspicacia y la probabilidad de pecado. La verdad es que había mucha hipocresía entonces; porque las cosas no se hicieran en público, no dejaban de hacerse, y siendo menos libres las costumbres, no por eso eran mejores.” (Cap. V).

Lesbia y Amaranta se sienten más atraídas por las visitas a ambientes que les resultan punzantes, cargados de emociones, donde encuentran además complemento a unos sentimientos de los que sus maridos parecen alejados. He aquí el retrato de la más joven de las duquesas:

“La duquesa de X (Lesbia) era una hermosura delicada y casi infantil, de esas que, semejantes a

ciertas flores con que poéticamente son comparadas, parece que han de alejarse al impulso del viento, al influjo de un fuerte sol, o perecer desechas si una débil tempestad las agita. Las que se desataron en el corazón de Lesbia no hicieron estrago alguno, al menos hasta entonces, en su belleza.

Parecía haber salido el día antes del poder de las buenas Madres de Chamartín de la Rosa y que aún no sabía hablar sino de los bollos del convento, de las hormigas de la huerta, de la regla de San Benito y de los cariños de la madre Circuncisión. Pero ¡cómo desmentía esa apariencia en cuento hablaba la muy picarona! En su lenguaje tomaba mucha parte la risa, con tanta franqueza y tan discreta desenvoltura, que nadie estaba triste en su presencia. Era rubia y no muy alta, aunque sí esbelta y ligera como un pajarito. Todo en ella respiraba felicidad y satisfacción de sí misma; era una naturaleza tan voluntariosa como alegre, a quien ningún extraño albedrío podía sujetar. Los que tal intentaran principiarían por enojarla, y enojarla era echarla a perder, destruyendo la mitad de sus encantos.

Entre las cualidades que hacían agradable el trato de **Lesbia** descollaba su habilidad en el arte de la declamación. Era una cómica consumada y, según conocí después, su talento sin igual para la escena no se reducía a los estrechos lienzos pintados de los teatros caseros sino que tomaba más ancho vuelo, desplegándose en todos los actos de la vida. Siempre que se daba alguna función extraordinaria en cualquiera de las principales casas de la Corte, ella hacía la mejor parte, y a la sazón Máiquez le enseñaba el papel de Edelmira en la tragedia *Otelo*, que debía ponerse en escena en el teatro doméstico de cierta marquesa. Isidoro y mi ama cooperarían en aquella representación, anunciada como muy espléndida.

Lesbia era casada. Tres años antes y cuando apenas tenía diez y nueve, contrajo matrimonio con un señor Duque que se pasaba el tiempo cazando como un Nomrod en sus vastas dehesas; venía alguna vez a Madrid hecho un zafiote para pedir perdón a su mujer por las largas ausencias y jurarle que tenía el propósito de no disgustarla más viviendo lejos de ella. Sin que nadie me lo diga, afirmo que Lesbia se quejaría con su dulce vocecita, pero cuidando de no esforzar su queja en términos que pudieran decidir al Duque a cambiar de vida." (Cap. V)

Pero más fascinación, y continuidad en las siguientes novelas, aunque menos señalada en el relato por sus amoríos, ofrece **Amaranta**, mujer que ha de alzarse como una de las figuras mejor construidas de toda la primera serie de los *Episodios Nacionales*:

"**Amaranta** era un tipo enteramente contrario al de Lesbia. Esta agradaba; pero Amaranta entusiasmaba. La apacible y graciosa hermosura de la primera hacía pasajeramente felices a cuantos la veían. La belleza ideal y grandiosa de la segunda causaba un sentimiento extraño, parecido a la tristeza. Pensando en esto después, he creído que la singular estupefacción que experimentamos ante uno de estos raros portentos de la hermosura humana consiste, o en la creencia de nuestra inferioridad, o en la poca esperanza de poseer el afecto de una persona que, por sus muchas perfecciones, será solicitada de sinnúmero de golosos.

Entre las mujeres que he visto en mi vida, no recuerdo otra que poseyera atracción tan seductora en su semblante; así es que no he podido olvidarla nunca, y siempre que pienso en las cosas acabadas y superiores, cuya existencia depende exclusivamente de la naturaleza, veo su cara y su actitud como intachables prototipos que me sirven

para mis comparaciones. Amaranta parecía tener treinta años. La gloria de haber producido a tal mujer te pertenece en primer término a ti, Andalucía, y después a ti, Tarifa, fin de España, rincón de Europa donde se han refugiado todas las gracias del tipo español, huyendo de extranjera invasión.

Con lo dicho podrán ustedes formar idea de cómo era la incomparable condesa de X, alias **Amaranta**, y excuso descender a pormenores que ustedes podrán representarse fácilmente, tales como su arrogante estatura, la blancura de su tez, el fino corte de las líneas de su cara, la expresión de sus dulces y patéticos ojos, la negrura de sus cabellos y otras muchas indefinidas perfecciones que no escribo porque no sé como expresarlas; calidades que se comprenden, se sienten y se admiran por el inteligente lector, pero cuyo análisis no debe este exigirnos si no quiere que el encanto de esas mil sutiles maravillas se disipen entre los dedos de esta alquimia del estilo, que a veces afea cuanto toca.

No conservo cabal memoria de sus vestidos. Al acordarme de Amaranta, me parece que los encajes negros de una voluminosa mantilla, prendida entre los dientes de la más fastuosa peineta dejan ver por entre sus mil recortes e intersticios el brillo de un raso carmesí, que en los hombres y en las bocamangas vuelve a perderse entre la negra espuma de otros encajes, bolillos y alamares. La basquiña, del mismo raso carmesí y tan estrecha y ceñida como el uso del tiempo exigía, permite adivinar la hermosa estatua que cubre; y de las rodillas abajo, el mismo follaje negro y la cuajada y espesa pasamanería terminan el traje, dejando ver los zapatos cuyas respingadas puntas aparecen o se ocultan como encantadores animalitos que juegan bajo la falda. Este accidente hasta llega a ser un lenguaje cuando Amaranta, atenta a la conversación, aumenta con el encanto de su palabra los

demás encantos y añade a todas las elocuencias de su persona la elocuencia del abanico.” (Cap. V)

La condesa **Amaranta** se siente interesada por servirse de Gabriel como criado y confidente en las intrigas:

“Si: ¿Lo creerán ustedes? Me miraba, ¡y de qué modo! Yo no podía explicarme la causa de aquella tenaz curiosidad, y si he de decir verdad como hombre honrado, aún no he salido de dudas. Yo servía la mesa, como es de suponer, y no pueden ustedes figurarse cuál fue mi turbación cuando advertí que aquella hermosa dama, objeto por parte mía de la más fervorosa admiración, fijaba en mí los ojos más perfectos que, según creo, se han abierto a la luz desde que hay luz en el mundo. Un color se me iba y otro se me venía; a veces mi sangre toda corría precipitadamente hacia mi semblante, poniéndome encendido, y a veces se recogía por entero en mi palpitante corazón, dejándome más pálido que un difunto. Ignoro el número de fuentes que rompí aquella noche, pues las manos me temblaban, y creo que serví de un modo lamentable, trocando el orden de los platos y dando sal cuando me pedían azúcar.

Yo decía para mí:”Qué es esto?¿Tendré algo en la cara? ¿Por qué se fijará tanto en mí esa señora?...” Al salir fuera, iba a la cocina, me miraba a toda prisa en un espejillo roto que allí tenía; mas no encontraba en mi semblante nada que de notar fuese. Volvía a la sala, y otra vez Amaranta me clavaba los ojos. Por un instante llegué a creer…, pero ¡quiá! Me reía yo mismo de tan loca presunción, ¿Cómo era posible que una dama tan hermosa y principal sintiera…? ¡Ay! recuerdo haber dicho, aunque al revés, lo que después escribió en un célebre verso cierto poeta moderno Pero todo debía de ser un sueño de mi infantil soberbia. ¿Cómo podía la estrella del cielo mirar al gusano de la tie-

rra sino para recrearse, comparando, en su propia magnitud y belleza?

Pero debo añadir otra circunstancia, y es que cuando mi ama me reprendía por las muchas torpezas que cometí en el servicio de la mesa, Amaranta acompañaba sus miradas de una dulce sonrisa, que parecía implorar indulgencia por mis faltas. Yo estaba perplejo, y un violento fluido, que parecía súbito acrecentamiento de vida, corría por mis nervios, produciéndome una actividad devoradora, a la cual seguía vago aturdimiento." (Cap. VII)

La condesa **Amaranta** se sirve de **Gabriel** como criado y espía en las relaciones de Lesbia con sus amantes. Y al mismo tiempo, y gracias a esta relación, asistimos a las intrigas palaciegas del *Motín de El Escorial*, a los arrestos incondicionales, a las adhesiones a uno u otro bando, a la frivolidad de los monarcas (ningún problema político le impide a **Carlos IV** salir de caza), y a otras interioridades de la familia real. Es el primer intento del heredero por derrocar a sus padres, y acaba mal. Una vez descubierto no tiene inconveniente en denunciar a sus amigos, que serán desterrados de la corte. Para narrar estos hechos, el autor se aleja de los nombres propios de los protagonistas históricos y sus actitudes, y prefiere centrarse en las conciencias de los novelescos, representantes de la colectividad. Por eso el motín aparece con una visión generalizada en la que los partidarios del monarca o de su heredero se ven libres o apresados según quienes detentan el poder.

Pero la intriga novelesca hila, con fina elegancia, tres asuntos más: las infidelidades amorosas de **Lesbia**, que lleva implícita uno de los sentimientos más arraigados del hombre, los celos; el tema del honor y el ascenso social, asunto recurrente a lo largo de toda la primera serie de los *Episodios*; y una atractiva trama que acerca las clases populares a la nobleza: la filiación de **Inés**.

2.4. Amor y celos en la corte

Las infidelidades de Lesbia ejemplifican la corrupción de la aristocracia. Son sus amantes el actor **Isidoro Máiquez** y el cortesano **Juan de Mañara**. El primero reaparecerá esporádicamente en *Napoleón en Chamartín*, prisionero junto a Gabriel por manifestarse contra los intereses franceses. El segundo, Mañara, también aparecerá en el citado episodio como seductor primero (de ahí su nombre secreto, Mañara, que oculta a un alto personaje de la corte) y luego como víctima inocente de las iras del pueblo que lo considera afrancesado.

Gabriel es el criado elegido para servir de correo entre **Lesbia** y **Mañara**. En uno de sus recados se ve imposibilitado para entregar una carta en la que **Lesbia** confiesa su amor por **Mañara**. La carta servirá de motivo novelesco. Asistiremos así al desarrollo de un tema, el de los celos, no entre marido y amante, sino entre amantes, ejemplo íntimo de la calamidad de un país donde no es **Napoleón** el enemigo, sino las envidias internas entre partidarios de los monarcas o del heredero, y también entre unos y otros. La carta de Lesbia a Mañara, robada después por la **González** (tan enamorada de Máiquez como celosa), será leída en secreto (aunque declama algo distinto) por el actor **Isidoro Máiquez** precisamente en la representación de *Otelo*. Todo un arte de intriga narrativa.

En una conversación secreta entre Pepa González e Isidoro, que Gabriel oye escondido (un tributo más a la novela de folletín), confiesan sus anhelos:

"– ¿Amas verdaderamente a Lesbia?

– Sí, por mi desgracia; esta pasión no es de aquellas pasajeras y superficiales que pasan satisfaciendo el afán de un día. Esa mujer ha tenido el arte de ahondar en mi corazón de tal modo, que hoy empiezo a reconocer en mí el embrutecimiento que acompaña a los amores exaltados. Sin duda,

su coquetería, su frivolidad, los mil artificios de su voluble carácter han realizado en mí este trastorno, y para confundirme más, los celos, la desconfianza, el temor de ser ridículamente suplantado por otro agitan mi alma de tal modo, que no respondo de lo que podrá pasar.

– ¡Hola, hola! Señor Otelo, ¿ésas tenemos? – dijo mi ama festivamente–. ¿A quién va usted a matar?

– No te rías, loca – continuó el moro –. ¿Has visto en el salón a ese miserable Mañara?

– Sí; ocupa un sillón de primera fila, y no quita los ojos de la señora Edelmira. Verdaderamente, chico, y sin que eso sea confirmar tus sospechas, a todos los que están en el teatro ha llamado la atención el exagerado entusiasmo de ese joven, y más de cuatro han sorprendido las señas que hace a Lesbia durante la comedia. Y además..., yo no lo he visto, pero me han dicho que...

– ¿Qué te han dicho?

– Que la Duquesa le mira mucho también, y que parece representar sólo para él, pues todas las frases notables del drama las dice volviéndose hacia el tal joven, como si quisiera arrojarse en sus brazos.

– ¡Oh! Es cierto ¿Ves? – exclamó Isidoro bramando de furor –. ¡Y se reirán todos de mí! Y ese vil currutaco... ¡Ah! **Pepa**,..., quiero descubrir fijamente lo que hay en esto..., quiero acabar de una vez estas terribles dudas..., quiero desenmascarar a esa infame, y si me engaña, si ha sido capaz de preferir al amor de un hombre como yo los necios galanteos de ese vil y despreciable petimetre... ¡Ah! Pepa, Pepa, mi venganza será terrible. Tú me ayudarás en ella; ¿no es verdad que me ayudarás? Tú me lo debes todo; yo te saqué de la miseria; tú no puedes negar a Isidoro la ayuda de tu ingenio para este fin, y proporcionándome placer tan inefable, quedarás descargada de la inmensa deuda de gratitud que tienes conmigo.

Al decir esto, **Isidoro** se había levantado y daba vueltas en el cuarto como un león enjaulado, pronunciando con labio trémulo palabras rencorosas. Lo raro fue que mi ama, ya porque tal fuera el estado de su espíritu, ya porque creyera oportuno fingir en aquellos momentos, lejos de amedrentarse ante la ira de su amigo y maestro, contestó con risas a sus ardientes palabras.

– Te ríes – dijo **Máiquez** deteniéndose ante ella –. Haces bien: ha llegado el momento de que hasta los metesillas del teatro se rían de Isidoro. Tú no comprendes esto, chiquilla – añadió sentándose de nuevo–. Tu no tienes vehemencia ni fogosidad en los sentimientos. En esto te admiro, y quisiera imitarte, porque yo sé muy bien que en las inclinaciones que hasta ahora se te han conocido has jugado con el amor, tomándolo como un pasatiempo divertido que le entretiene a uno y hace rabiar a los demás: pero hasta ahora, y Dios te libre de ello, no conoces el amor que ocasiona las mortificaciones propias, mientras los demás se ríen a costa nuestra.” (Cap. XXIV)

La intriga se enreda porque la González, sin que él lo sepa, está secretamente enamorada de Isidoro Máiquez, por eso le dice:

“– ¿De modo que tu amor aún está dentro del teatro? Eso sí que es una desgracia. Tu suerte consistirá en que el galán será de esos que por falta de talento, no excitan nunca la admiración de las bellas de la platea. Serás feliz, Pepilla; si quieres casarte, cuanta con mi protección.

– Estoy muy lejos de aspirar a eso.

– ¿Ese bruto sería capaz de no amarte? ¿Acaso vale más que tú?

– Muchísimo más –dijo la González aparentando con grandes esfuerzos la serenidad que no tenía.

– Apuesto a que es algún tenor de la compañía de Manolo García. Déjale de mi cuenta. Si es cierto lo que supongo, si ese loco no te corresponde y prefiere a tu sencillo cariño el falso amor de alguna

damisela de estas que arrastran su púrpura por entre los bastidores del teatro, ya sabrás lo que son celos ¿eh?

– Demasiado lo sé y demasiado padezco, Isidoro – dijo mi ama en tono de cariñosa confianza–; pero yo tengo una ventaja sobre ti, que no poseyendo aún la certeza de tu desgracia, ignoras qué partido tomar; yo conozco ya, sin género de duda, que no soy amada, y las circunstancias se han ordenado de tal modo, que me presentan ocasión de tomar venganza.

– ¡Oh! **Pepa**, estás desconocida. No te creí capaz… –indicó Isidoro con energía–. Tú tomarás venganza. Descuida: te ayudaré si tú me ayudas a mí en la averiguación y en el castigo de las infamias de Lesbia. Pero dime, chiquilla, dime quién es ese hombre. Sé franca conmigo; yo soy tu mejor amigo.

– Te lo diré más tarde, Isidoro. Por ahora me propongo guardar secreto.

– Tú vales mucho, **Pepilla** –añadió el cómico con acento reflexivo... No esperaba encontrar en ti un eco tan fiel de lo que en mí está pasando. ¡Y ese miserable te desprecia por otra, ignorando las bondades de tu fiel corazón! Dime quién es. ¿Será el mismo Manuel García? Por supuesto, chiquilla, ya sabrás cuánto padecen la dignidad y el amor propio al ver que otra persona posee el afecto que nos pertenece. Te mortificará horriblemente la idea de la triste figura que harás ante el mundo, el pensamiento de los comentarios que hará sobre tu ridícula posición el vulgo envidioso, y el considerar que tú, la persona acostumbrada a rendir a tus pies los corazones se ve menospreciada por uno solo, rabiará tu orgullo herido, y llorarás en silencio, viéndote más baja de lo que creías.

– En esto – contestó mi ama con patética voz– no nos parecemos. Tu estás frenético de celos pero antes que al desaire de que ha sido objeto tu corazón, atiendes a lo que sufre tu dignidad, la digni-

dad del gran Isidoro, que siempre desprecia sin ser nunca despreciado; te enfureces al considerar que se ríen de ti los envidiosos, y esas terribles voces de venganza no las pronuncia tu amor, sino tu orgullo. Yo no soy así: amo el secreto, y si triunfara, gustaría de tener oculta mi felicidad; nada me importaría que el hombre a quien amo aparentara galantear a todas las mujeres de la tierra con tal que en realidad a ninguna quisiese más que a mí.

– Eres singular, Pepilla, y me estás describiendo tesoros de bondad que no sospechaba existiesen en tu corazón.

– Yo –continuó mi ama más conmovida– no vivo más que para él, y los demás me importan poco. Contigo debo ser franca y decírtelo todo, menos su nombre, que nadie debe saber. Yo no sé cómo ni cuándo empezó mi funesto amor, y me parece que nací con esta viva inclinación, más dominadora cuanto más intento sofocarla. Por él sacrificaría gustosa mi vida. Tu quizás no comprendas esto, ni menos que yo sacrifique mi reputación de artista, el aprecio y la admiración de la multitud.¿Qué importa todo eso? Se ama a la persona por la persona, y no por la vanidad de poseerla.

– El que te ha inspirado tan noble cariño sin corresponder a él –dijo Isidoro con brío – es un miserable que merece arrastrar su existencia despreciado de todo el mundo ¿No puedo saber tampoco quién es la mujer preferida?

– Tampoco debes saberlo –replicó mi ama, y después, no pudiendo contener el llanto, exclamó así–: Yo no soy cruel; yo no deseaba una venganza que puede ser muy terrible; pero se me ha venido a las manos y he de llevarla adelante.

– Haces bien –dijo Isidoro, recreándose con pensamientos de exterminio–. Véngate..., porque nadie ha de agradecerte el generoso sacrificio que has hecho de tu corazón en aras del amor. Este dios no es como el Dios cristiano. Recibe las ofrendas con orgullo y acoge las víctimas con indiferen-

cia. Y pues no has de hallar satisfacción en ninguna parte, hártate de venganza. ¿Puedo servirte de algo?

– De mucho –dijo mi ama secando sus lágrimas.

– Pues yo deseo contar contigo. Oye bien: **Lesbia** confía en tu amistad. ¿No ha celebrado en tu casa alguna entrevista con ese joven?

– Hasta ahora, no.

– Pues la celebrará. Si ella no te lo propone, propónselo tú con buenos modos.

– ¿Cuál es tu objeto?

– Sorprenderla en algún sitio con ese Mañara. Ella busca siempre las casas de las amigas que no son de su clase, para evitar de este modo la vigilancia de su familia y de su esposo.

– Entiendo.

– Confío en que no te dejarás sobornar por ella, y en que a todas las consideraciones sobrepondrás la del servicio que me prestas a mí, tu protector, tu amigo. Espero que te será muy fácil lo que propongo. Si van a tu casa, les entretienes allí y me avisas. Yo haré de manera que ese joven se acuerde de mí para toda la vida." (Cap. XXIV)

2.5. El honor y el ascenso social

El segundo asunto, el tema del honor, se desarrolla con crudeza desde la figura de Gabriel. Sus humildes orígenes imposibilitan su ascenso social, pero él, que tiene la intención de cambiar su suerte, le dice a Inés:

"A mí se me ha metido en la cabeza que cuado tenga más años he de ocupar una posición…, qué sé yo…, me mareo pensando en esto. No te puedo decir ni cómo he de llegar a ella, ni quien me dará la mano para subir de un salto tantos escalones, pero ello es que yo cavilo en esto, y me figuro que ya me estoy viendo elevado a la mas alta dignidad por una dama poderosa que me haga su secretario o por un señorón que me crea listo para ayudarle

en sus asuntos… No te enfades, chiquilla, que cuando tales cosas ocurren y uno tiene la cabeza llena a todas horas de los mismos pensamientos, al fin tiene que salir cierto, como éste es día.

Inés no se enfadaba, sino que reía. Después, marcando con su aguja el compás gramatical de su discurso, me dijo:

– Pues mira: si tu hubieras nacido en cuna de príncipes, no te digo que no. Pero has de saber que si tú, que eres un pobrecillo hijo de pescadores y no tienes más ciencia que leer mal y escribir peor, llegas a ser hombre ilustre y poderoso, no porque saques talento y sabiduría, sino porque a una señora caprichosa o a un vejete rico se le ocurra protegerte, como otros muchos de quienes cuentan maravillas, has de saber, digo, que tan fácilmente como subas volverás a caer, y hasta los sapos se reirán de ti.” (Cap. III).

Precisamente junto a Amaranta se le ofrece a Gabriel una posibilidad, y su futuro podría ser distinto, según ella misma le sugiere:

“– …yo puedo hacer por ti lo que no has soñado ni podrás soñar. Otros con menos méritos que tú se han elevado a alturas inconcebibles. ¿No has pensado que podrías tu subir lo mismo, encontrando una mano que te impulsara?

– ¡Sí, señora! Si lo he pensado, y ese pensamiento me ha vuelto loco –contesté–. Viendo que usía se dignaba fijar en mí sus ojos, llegué a creer que Dios había tocado su buen corazón, y que todo lo que hasta ahora me ha faltado en el mundo iba a recibirlo de una sola vez.

– Has pensado bien – dijo Amaranta, sonriendo –. Tu adhesión a mi persona y tu obediencia a mis órdenes te harán merecedor de lo que deseas. Ahora escucha. Mañana voy a El Escorial, y es preciso que vengas conmigo. Nada digas a tu ama; yo me encargo de arreglarlo todo, de manera que consienta en el cambio de servidumbre. No digas

tampoco a nadie que me has hablado, ¿entiendes? Pasado mañana irás a mi casa, desde donde puedes hacer el viaje en los coches que saldrán al mediodía. Estaremos en El Escorial una semana, porque regresaremos para ver la representación que ha de darse en esta casa, y entonces quizá vuelvas por unos días el servicio de Pepa." (Cap. XI)

Gabriel encuentra en el servicio que le pide Amaranta un camino que puede permitirle abandonar su humilde posición. En seguida va en busca de Inés para comunicarle la buena noticia:

"Salí a la calle... ¿A quién comunicar mi alegría? Al punto me acordé de Inés, y subí la escalerilla que conducía a su sotabanco, pues no sé si he dicho que la habitación de mis amigos estaba en la misma casa. Encontré a Inés muy triste, y habiendo preguntado la causa, supe que doña Juana, cuya naturaleza se desmejoraba con el continuo trabajar, había caído enferma.

– ¡**Inés**, Ilesilla! – exclamé al encontrarme solo en la sala con ella–. Quiero hablarte. ¿Sabes que me voy?

– ¿Adónde? –me preguntó con viveza.

– A Palacio, a la Corte, a correr fortuna. ¿Ah, picarona! Ahora no te reirás de mí; ahora va de veras.

– ¿Qué va de veras?

– Que se me ha entrado por las puertas la fortuna, chiquilla, ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día? Bien te lo decía yo, y tu no me hacías caso. Pero ¿no ves, reinita que eso se cae de su peso?

– ¿Qué se cae de su peso?

– Que así como otros han llegado a su mayor altura sin mérito propio y sólo porque a alguna gran persona se le antojó protegerlos, nada tendría de extraño que a mí me aconteciera dos cuartos de lo mismo; sí, señorita.

– Eso es muy claro; avisa cuando llegues arriba. ¿De modo que mañana te tendremos de general o de ministro, cuando menos?

– No te burles, ¿estamos? Tanto como mañana, no; pero ¡quien sabe!

Inés empezó a reír, dejándome bastante confuso.

– Pero ven acá, tonta – dije con una seriedad cuyo recuerdo me hace morir de risa–. ¿Tú no estás oyendo hablar todos los días de un hombre que no era nada y hoy lo es todo; de un hombre que entró a servir en la Guardia española y de la noche a la mañana…?

– ¡Hola, hola! – dijo **Inés** burlándose de mí con más crueldad –.¿Esas tenemos, señor don **Gabriel**? ¡Qué callado lo tenía! ¿Se puede saber quién es la dama que se ha enamorado de usted?

–Tanto como enamorarse, no, tonta – respondí, cortado –; pero ya ves… Como uno no es saco de paja…, qué quieres. Todo el mundo, aunque no valga nada, encuentra una persona a quien le gusta.

Inés continuó riendo; pero yo conocí que después de mis últimas palabras la pobre necesitaba muchos esfuerzos para aparentar alegría como apenas sabía disimular, luego cesó de reír y se puso muy seria.

– Bien, excelentísimo señor – dijo, haciéndome una grave cortesía –; ya sabemos a qué atenernos.

– La cosa no es para enfadarse –dije yo, sintiéndome repuesto de mi turbación – ; lo que hay es que si una persona me quiere proteger, no he de hacerle ascos. ¡Y si tú la conocieras, Ilesilla; si tu vieras qué mujer, qué señora! Todo lo que te diga es poco; así es que no te digo nada.

– ¿Y esa señora se ha enamorado de ti?

– Dale con el enamoramiento; no es eso, mujer. Es que entro a servirla; aunque quién sabe lo que podrá pasar… Si vieras cómo me trata…Como de

igual a igual y se interesa mucho por mí…, y es muy rica…, y vive en un palacio muy grande cerca de aquí.., y tiene muchos criados..., y lleva en el cuello un medallón con un diamante como un huevo…, y cuando le mira a uno se queda uno atortolado…, y es muy guapa…. Y en Palacio puede tanto como el Rey…, y se llama…

Recordé de pronto que **Amaranta** me había prohibido revelar su entrevista con ella, y callé.

– Bueno – dijo **Inés** –; ya vemos que dentro de poco le tendremos a usía hecho un archipámpano, con muchos galones y cintajos, dando que hablar a la gente y teniendo el gusto de oírse llamar ladrón, enredador, tramposo y cuanto malo hay.

– Mira tú lo que es no entender las cosas – dije algo incomodado–. ¿De dónde sacas tú que todos los hombres célebres y poderosos sean ladrones y pícaros? No, señor; también pueden ser buenos; y lo que es yo… Supón, chiquilla, que por arte del Demonio llegara yo a ser…, no te rías, que de menos hizo Dios a Cañete; y todos somos hijos de Adán; y tan de carne y hueso es Napoleón Bonaparte como yo. Pues suponte que llego a ser…, no te rías. Si te ríes, me callo.

– Si no me río – dijo **Inés**, conteniendo la hilaridad que de nuevo la acometía–. Lo que dices está muy en razón, chiquillo. Si no hay más que ponerse a ello. ¿Qué cuesta ser generalísimo, ministro, príncipe o duque? Nada. ¿Ni a qué viene romperse los ojos estudiando por aprender todas las cosas que se deben saber para gobernar? Como que los aguadores y los mozos de cuerda los horteras y los monaguillos son unos tontos de camisón, cuando no se van todos a Palacio sabiendo que tienen seguro el sueldo de consejeros con solo guiñarle el ojo a una dama… Y si todas las damas no son tiernas de corazón, con tocarle el codo a esta o a la otra cocinera de Palacio está hecho todo.

– No es eso; veo que tú no entiendes – dije, no sabiendo cómo hacerme comprender de Inés–. Eso

que dices de aprender y saber gobernar, y lo demás, no viene al caso. Verdad es que antes se necesitaba ser hombre de ciencia para medrar; pero hoy, chiquilla, ya ves lo que pasa. No es sólo Godoy; son cientos de miles lo que ocupan altos puestos sin valer maldita de Dios la cosa. Con un poco de despejo, basta, Si sabré yo lo que me digo…

– Ven acá, Gabriel, –me dijo Inés dejando su costura–. Las cosas del mundo pasan siempre como deben pasar. Eso lo sé yo sin que nadie me lo haya dicho. Los hombres que mandan a los demás están en aquel puesto por su nacimiento, pues…., porque así está arreglado, de modo que los reyes nacen de los reyes… Cuando algún hombre que no ha nacido en cuna real llega a gobernar el mundo, debe de ser porque Dios le ha dado un talento, una cosa celestial, que no tienen los demás. Y si no ahí tienes a Napoleón, que es el Emperador de todo el mundo, y manda no sé cuantos miles de millones de soldados; pero es porque él se lo ha ganado y porque desde chiquito aprendía cuanto hay que saber, y los maestros se quedaban lelos viendo que sabía más que ellos… El que sube tanto sin tener mérito es por casualidad, o por mil picardías, o porque los reyes lo quieren así; ¿y qué hacen para tenerse arriba? Engañan a la gente, oprimen al pobre, se enriquecen, venden los destinos y hacen mil trampas. Pero buen pago les dan, porque todo el mundo los aborrece, y lo que se desea es verlos por los suelos.¡Ah, chiquillo! Yo no sé cómo no entiendes esto, esto, que es tan claro como el agua…” (Cap. XI)

Pero en boca de la propia **Inés** ha puesto Galdós el pensamiento social más generalizado en el siglo XIX, el de la imposibilidad del ascenso social. Lo que le ofrece **Amaranta** para el ascenso social de Gabriel es, sin embargo, contrario a la norma del honor:

"– Procura que la Duquesa te crea un chico servicial y discreto; ofrécete, si es preciso, a servirla; haz ver a Isidoro que no tienes precio para llevar un recado secreto, y los dos te tomarán por emisario de sus amores. En tal caso, cuando cojas una esquela amorosa del uno o del otro, me la traes, y punto concluido.

– Señora –exclamé sin poder volver de mi asombro–, lo que usía exige de mí es demasiado difícil.

– ¡Oh! ¡Qué salida! Pues me gusta la disposición del chico. ¿Y aquello de te amo y te adoro? Pero ¿te has vuelto tonto? Lo que ahora te mando no es lo único que exijo de ti. Ya sabrás lo demás. Si en esto, que es tan sencillo, no me obedeces, ¿cómo quieres que haga de ti un hombre respetable y poderoso?" (Cap. XVII).

Y como Gabriel siente que su labor es contraria a la esencia de la honradez, Amaranta lo aleccio-na:

"... lo que te propongo será la mejor escuela para que vayas aprendiendo el arte de medrar. El espionaje aguzará tu entendimiento, y bien pronto te encontrarás en disposición de medir tus armas con los más diestros cortesanos. ¿Tu has pensado que podrías ser hombre de pro sin ejercitarte en la intriguilla, en el disimulo y en el arte de conocer los corazones?" (Cap. XVII)

Gabriel, sin embargo, siente el peso de la traición sobre él y reflexiona así:

"Ya me fue imposible oír con calma una tan descarada y cínica exposición de las intrigas en que era la Condesa consumada maestra, y yo catecúmeno aún sin bautismo. Una elocuente voz interior protestaba contra el vil oficio que se me proponía,

y la vergüenza, agolpando la sangre en mi rostro, me daba una confusión, un embarazo, que entorpecían mi lengua para la negativa. Levantéme, y con voz trémula di a la condesa mis excusas, diciendo otra vez que no me creía capaz de desempeñar tan difíciles cometidos." (Cap. XVII)

Lo demás lo añade al azar, el azar novelesco, y Gabriel, aun sin querer, cumple el oficio de espía, y la esquela amatoria le llega de la mano del propio Juan de Mañara que le ofrece una moneda de oro y le dice:

"–... esto es para ti si me haces el favor que voy a pedirte.

– Señor –contesté–, con tal que sea cosa que no perjudique mi honor?

– Pero, pedazo de zarramplín, ¿acaso tu tienes honor?

– Pues sí que lo tengo, señor oficial –contesté muy enfadado–; y deseo darle a usted mil pruebas de ello." (Cap. XIX)

Y cuando Gabriel le pide a Amaranta que le devuelva la "esquela amatoria" que accidentalmente ha llegado a sus manos, esta le dice:

"– ¡Devolvértela! ¡Tu estás loco! –exclamó Amaranta riendo como quien oye un gran desatino.

– Sí, señora, porque el recobrarla es para mí una cuestión de honor.

– ¡Honor! –dijo la dama, riendo más fuerte–. ¿Acaso tienes tu honor? ¿Sabes tú lo que es eso, chiquillo?" (Cap. XXVII)

2.6. La filiación de Inés

El tercer gran asunto de la novela, el que denuncia las diferencias sociales, se concentra en una intriga que se ocupa de acercar la nobleza al pueblo, y que se desarrolla gracias a las sospechas

sobre el origen de Inés. Su supuesta madre, Juana, la modista, antes de morir confiesa al clérigo Celestino que Inés no es hija suya, sino de una importante dama, que podría ser Amaranta, y sus clandestinos amores. El motivo novelesco sirve para que el mundo de Inés nos deje descubrir un ambiente que Galdós no quiere olvidar, el de las escalas sociales. Se alza así la figura de la humilde hija de la modista con vínculos más ceñidos. Gabriel ha conocido a Inés en la casa donde iba a hacer los encargos de vestuario de su ama Pepa González:

"Siempre que iba yo a casa con recados de mi ama me detenía todo el tiempo posible, y a ella acudía también en mis ratos de ocio, gozando en contemplar la apacible existencia de una familia cuyos tres individuos tan honda simpatía habían despertado en mi corazón. Doña Juana y su hija, siempre cosiendo, cosiendo con eterna aguja una tela sin fin. De este modo vivían los tres, pues el padre Celestino, tocando la flauta, haciendo versos latinos o consumiendo tinta y papel en larguísimos memoriales, no ganaba más caudal que el de sus esperanzas, siempre colocadas a interés compuesto." (Cap. III)

Gabriel se enamora de ella. Los sentimientos naturales del protagonista se convierten en un asunto de gran importancia en el desarrollo de los demás *Episodios*. Contribuye a ello el origen de ese amor, su nacimiento en la humilde condición de hija del pueblo, a la edad de quince años, y antes de que exista duda alguna sobre su filiación:

"Poseía esta muchacha, además de las gracias de su persona, un buen sentido, cual no he visto jamás en personas de su mismo sexo, ni aun del nuestro, amaestrado ya por los años. Inés tenía el don especialísimo de poner todas las cosas en su

verdadero lugar, viéndolas con luz singular y muy clara, concedida a su privilegiado entendimiento, sin duda para suplir con ella la inferioridad que le negó la fortuna. No he visto en mi larga vida otra hembra que se le asemejase, y estoy seguro de que a muchos parecerá este tipo invención mía, pues no comprenderán que haya existido, entre las infinitas hijas de Eva, una tan diferente de las demás. Pero créanlo bajo mi palabra honrada.

Si ustedes hubieran conocido a Inés y notado la imperturbable serenidad de su semblante, imagen del espíritu más tranquilo, más equilibrado, más claro, más dueño de sí mismo que ha podido animar el corporal barro, no pondrían en duda lo que digo. Todo en ella era sencillez, hasta su hermosura, no a propósito para despertar mundano delirio amoroso, sino semejante a una de esas figuras simbólicas que sin estar materialmente representadas en ninguna parte, se dejan ver de los ojos del alma cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirse de formas visibles en la oscura región del cerebro.

Su lenguaje era también la misma sencillez; jamás decía cosa alguna que no me sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban a mi entendimiento un descanso, un aplomo de que carecía obrando por sí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenía un centro y el mío no. El mío divagaba, llevado y traído por impresiones diversas, por sentimientos contradictorios y repentinos: mis facultades eran como meteoros errantes, que tan pronto brillan como se oscurecen, tan pronto marchan como chocan, según la influencia recibida de superiores cuerpos, mientras las suyas eran un completo y armónico sistema planetario, atraído, puesto en movimiento y calentado por el gran sol de su pura conciencia.

Alguien se burlará de estas indicaciones psicológicas, que yo quisiera fuesen tan exactas como las concibe mi oscura inteligencia; alguien encontrará digna de risa la presentación de semejante heroína, y hará mil aspavientos al ver que he querido hacer una irrisoria *Beatrice* con los materiales de una modistilla; pero estas burlas no me importan, y sigo.

Desde que conocí a Inés, la amé del modo más extraño que puede imaginarse. Una viva inclinación arrastraba mi corazón hacia ella; pero esta inclinación era como el culto que tributamos a una superioridad indiscutible; como la fe que sublima lo más noble de nuestro ser, dejando siempre libre una parte de él para las pasiones del mundo. Así es que, sin dejar de ser Inés para mí la primera de todas las mujeres, yo creía poder amar a otras con amor apropiado a las circunstancias de cada momento de la vida. He observado que los que se consagran a un ideal casi nunca lo hacen por entero; dejan una parte de sí mismos para el mundo a que están unidos, aunque sólo sea por el suelo que pisan. Hago esta observación fastidiosa por si contribuye a esclarecer el peculiar estado de mi alma ante tan noble criatura. ¡Y era una modista, una modistilla! Reíd si os place.” (Cap. III)

2.7. La iglesia

Y junto a ellos queda un lugar para la iglesia, y así como en el episodio *Zaragoza* aparecerá el Padre Rincón, hermano de la difunta madre de Mariquilla, hombre letrado que hubiera propuesto la beatificación de Horacio si aquel sabio latino no hubiera sido ateo, aquí aparece el padre Celestino, tío de Inés (hermano de su difunto padre) y también amante de los clásicos latinos. De este modo vivían los tres, la modista Juana, Inés y el padre Celestino. Este último toca la flauta y compone

versos latinos. Mientras tanto espera que su pariente Godoy le ofrezca algún cargo:

"El tercer individuo de aquella honesta familia era el Padre **Celestino Santos del Malvar**, hermano del difunto esposo de doña **Juana**, tío, por lo tanto, de **Inés**, clérigo desde su mocedad, varón simplísimo y benévolo, pero el más desgraciado de su clase, pues no tenía rentas ni capellanía, ni beneficio alguno. Su modestia, su buena fe y su candor inagotable fueron, sin duda, parte a tenerle en la miseria por tanto tiempo; y él, aunque era gran latino, jamás pudo conseguir colocación. Pasaba la vida escribiendo memoriales al Príncipe de la Paz, de quien era paisano y fue allí en la niñez amigo; mas ni el Príncipe ni nadie le hacía caso.

Cuando **Godoy** subió al Ministerio prometióle una canonjía o ración, y en la época de este relato hacía catorce años que don **Celestino de Malvar** estaba esperando lo prometido, mas sin que la tardanza del favor hiciese desmayar su ingenua confianza. Siempre que se le preguntaba, respondía: "La semana que viene recibiré el nombramiento; así me lo ha dicho el oficial de la secretaría." De ese modo pasaron catorce años, y la semana que viene no venía nunca." (Cap. III)

Su esfuerzo se verá compensado y recibe por fin un nombramiento, "ecónomo de la iglesia parroquial de Aranjuez." Y allí se traslada con Inés al final del relato.

2.8. El historiador, el novelista, los ambientes

El episodio, mejor tejido en la acción novelesca que el de *Trafalgar* y uno de los más vivos, deja al lector abiertas un buen número de intrigas, entre ellas el amor de Gabriel por Inés, un amor que

permite fácilmente los encuentros pero que habrá de convertirse en motivo recurrente. Ahí está también el futuro de Inés y Gabriel con las perspectivas de una filiación noble para la primera y el ascenso social para el segundo. Las historias de Amaranta, implicada con Inés, y Lesbia, y sus amantes quedan también abiertas.

Resulta muy atractivo e inteligente el paralelismo establecido entre los distintos niveles: Los sentimientos de las clases bajas están representados por Gabriel, que aquí tiene un fuerte *yo* narrador, e Inés. Los de las clases medias se expresan desde la González. Los de la nobleza se asientan en la marquesa Lesbia y la condesa Amaranta. Los de la monarquía en Carlos IV y su familia, incluido el primer ministro.

Y frente a esa corte de ingenuos príncipes y condesas aturdidas que se divierten con saraos y en amoríos, en representaciones teatrales y con cartas secretas, los madrileños, el pueblo más humilde, se muestra representado por Chinitas, el amolador, el que grita su oficio por las calles en busca de una pieza para afilar, un hombre analfabeto capaz como nadie de entender lo que está pasando, y anunciar los peligros que acechan.

Todos los demás niveles sociales muestran su frustración por diversos motivos: el de los humildes por su posición social, el de las clases medias por su sometimiento a los más poderosos (la González está enamorada de Máiquez), el de la corte por su frustración amorosa (Mañara y Máiquez son amantes de Lesbia), y por encima de ellos los sentimientos o intereses nacionales en los que España es también la mujer con dos amantes, el rey Carlos IV y el heredero, y un tercero más hábil, Napoleón, ha de conseguirla.

Pero lo que se descubre es la vida de una ciudad, Madrid. Una ciudad un tanto dieciochesca, de

vida fácil, donde la gente se conoce por la calle, tan brillante como oscura, tan bulliciosa como lúgubre, tan esperanzada como perdida, donde reina el buen humor, pero que ingenua y torpemente se prepara a recibir los estragos de la expansión imperial francesa. Es la ciudad de los oficios callejeros, la de la clase media acomodada, la de los palacios y las confabulaciones, la de los amores, la de una vida, en fin, que transcurre liviana, pero sólida, ajena a los devaneos de sus gobernantes. Madrid y el país parecen cabalgar en solitario, extraños a las absurdas ambiciones de un príncipe que parece tener prisa para subir al trono y que no tiene inconveniente en hacer públicas, si fuera necesario, las arriesgadas relaciones entre el favorito y la reina. Tras el motín, el príncipe Fernando queda libre, pero no arrepentido, y parece no importarle el exilio de sus seguidores, y sigue intrigando contra su padre, aunque para conseguir el trono haya de servirse de Napoleón. Y así lo veremos entrar en la ciudad junto con los franceses en el siguiente *episodio*. El autor ha acertado al evitar convertir en personajes de ficción a los históricos, y ha sorteado así muchos de los errores de la novela histórica tradicional. No importa que el lector no conozca los hechos, el autor, desde su modestia, ofrece las lecciones necesarias.